

des, de cuyas cúspides bajan tantas ideas á la conciencia como arroyos y rías de las niveas montañas al valle hondísimo; allí el Parthenón, cuyas armoniosas proporciones señalan que la geometría del pensamiento se ha impuesto á la fatalidad de la naturaleza; más allá el Capitolio, el cerebro del mundo, la primer aparición de la idea de la humanidad sobre la tierra; acullá la catedral gótica con sus cresterías y con sus agujas y con sus cúpulas, como para demostrar que el género humano, cuya unidad material ha sido proclamada por el derecho y cuya unidad espiritual por el cristianismo, ha crecido tanto que puede bogar entre coros de ángeles é iris de ideas místicas hacia lo infinito. Pero ninguna de estas piedras miliarias señala una época verdaderamente creadora, como la columna erigida sobre la plaza de la Bastilla, á pesar de hallarse consagrada por el Estado á una sola incidencia de la revolución universal, tan secundaria como el movimiento de Julio. Bien puede asegurarse que á un lado está el privilegio y á otro lado el derecho; que á un lado el señor feudal y á otro el ciudadano moderno; que á un lado la proterva edad de los Reyes y á otro lado la santa edad de los pueblos.



CAPITULO VIGÉSIMO-NONO

La universalidad del terror en las revoluciones sociales.



omo con la toma del fuerte ó Bastilla, donde creían las muchedumbres que se anidaban los privilegios, empieza el combate cruentísimo entre los elementos sociales, y, por consecuencia, el terreno, hay que pararse á considerar este fenómeno gravísimo, para saber si es propio únicamente de la revolución francesa ó connatural á todas las revoluciones humanas. Dos grandes hechos de la Historia universal, quizá los más beneficiosos á nuestra especie, fuera del Cristianismo, alcanzan el triste prestigio de pasar á la posteridad, considerados como sanguinarios, inhumanos, crueles, el descubrimiento de América, hecho por los españoles, y la revolución universal, hecha por los franceses. Al ver cómo tratan los historiadores la indispensable apropiación de Nuevo Mundo á la cultura cristiana, y el advenimiento de la democracia continental, cualquiera creería que todas las conquistas y todas las revoluciones podían presentarse inmaculadas ante la conciencia pública, y que todos los innovadores en la redondez del planeta y en la carrera del tiempo habían sido ángeles sin mácula de pecado y error en sus almas y en sus manos sin mácula de sangre. No trato yo de disculpar los crímenes cometidos por los descubridores en América, ni los crímenes cometidos por los revolucionarios en Francia: repruébolos y anatematízolos con toda la indignación de mi alma, como he reprobado siempre todas las violencias; pero me opongo á que trate una conjuración horrible contra la verdad histórica de presentarlos como excepciones monstruosas nunca igualadas en la Historia. Impera, como una ley universal, en este bajo mundo, el

código severo de las contradicciones irreductibles. No ha querido la Naturaleza que haya tan sólo vida en sus senos; ha querido que haya también muerte. El trabajo creador ha decidido acompañarlo con sudores de anhelo; y al parto fecundo con un dolor de grande intensidad. Se ha dilatado el germen progresivo por medio de la guerra; y se han cumplido los humanos progresos por medio de la revolución. Y á la revolución y á la guerra, malas en sí, hánse debido bienes indudables, como á esas inundaciones del Nilo, que á un tiempo mismo, devastan y fecundan, Guerra sin combate y revolución sin sacudimientos no las conozco en el tiempo, y nunca las llevó en sus senos el espacio. Para completar la obra de Moisés fué indispensable la espada de Josué. Los profetas nos presentan al Dios de su Biblia, es decir, á nuestro Dios, cuando acababa de pelear en cualquier empeño bélico por su tribu predilecta, manchado de sangre, como de vino el vendimiador que vuelve de pisar uvas en sus lagares. Acabaron los imperios biblicos, ni más ni menos que han acabado los imperios modernos, en cenas, como las de Baltasar y Sardanápalo. La mano del Eterno sacó los israelitas del cautiverio de Egipto, sumergiendo en el mar á los Faraones con todas sus gentes, sumergiendo los coches, los caballos, los ginetes. Pasa Judith por un modelo entre las mujeres biblicas, porque, después de haber emborrachado á Holofernes en una orgía y debilitándole con su voluptuosidad, le cortó la cabeza. Luego, sería baladí é inútil recordar cómo se han defendido las respectivas causas de los pueblos en todo tiempo y en todo lugar. Una serie de piras, donde arden hasta los niños, se dilatan desde Nínive á Moscou. El Cristianismo se fundó sin que su Divino Autor hubiese derramado más sangre que su propia sangre. Pero se aplicó á la sociedad por medios tan violentos como las irrupciones de los bárbaros. La raíz de nuestra personalidad no se hubiera extendido y fecundado sin las guerras feudales. El poder civil no se hubiera constituido sin la guerra por las investiduras. La mitad de Francia nunca se uniera con la otra mitad sin el horrible levantamiento de los albigenses. La civilización británica se debe á tres invasiones: la invasión latina, la invasión sajona, la invasión francesa ó normanda. Sin tres catástrofes tan enormes, aún estarían los ingleses, los grandes soberanos del mar, en tiempo de los pictos. Comparadas con las guerras religiosas, parecen inocentes las guerras revolucionarias. Tras la revolución francesa queda una Francia floreciente, rica, poderosa; tras la guerra de los Treinta años quedó una Germania completamente desolada. No se puede conocer la historia de un tiempo tan genésico, cual es la revolución francesa, sin enlazar con otras fases del espíritu y con otras edades del tiempo. Ya hemos visto congruencias misteriosas entre la fundación en Roma de su República y las revoluciones á cuyo empuje advino y triunfó la República en Francia, y se arraigó al cabo, por tal modo, que nada contra ella pudieron tres golpes de Estado sucesivos, de los cuales dos triunfaron en toda la línea, y aun establecieron gobiernos durables y sólidos. Pues bien, miremos tres grandes fases de la Historia romana, y veamos cómo ellas nos demues-

tran que los terrores colectivos suelen ir anejos á las grandiosas renovaciones sociales. No tiene la Historia del mundo tres episodios tan interesantes y tres épocas tan decisivas como la destrucción del régimen oligárquico patricio, como las grandes revoluciones sociales dirigidas por los Gracos, aquellos incomparables tribunos, como el término de la República y el triunfo de la dictadura cesarista. Pues bien, á las tres épocas van unidas catástrofes terribles. como al establecimiento de las monarquías modernas los Reyes crueles, desde Pedro I entre nosotros, hasta Luis XI en Francia; como á la revolución religiosa el horrible levantamiento y subversión de los campesinos, quienes dejaron atrás en devastaciones y venganzas todos los horrores más abominables que hayan podido pasar en el mundo; como á la revolución inglesa el suplicio de María Estuardo y de Carlos I, los crueles tormentos aplicados por María Tudor á los anglicanos y por Isabel Tudor á los católicos, el terror extendido desde los tiempos del octavo Enrique hasta los tiempos del dictador Cromwell; como á la Ginebra de Calvino la muerte de Servet; y á la Roma del Renacimiento la muerte de Savonarola, y á la Constanza del Concilio Ecuménico la muerte de Juan Hus, y á los Papas mismos la inquisición y sus horrores, matanzas como la horrible de los hugonotes en la noche de San Bartolomé, plagas como las horrosas con que se pretendió ahogar en sangre la República de Holanda. Quien esté libre de tamaños remordimientos, si alguna vez ha combatido en las impurezas de lo real por la fórmula de los luminosos ideales, que tire á los revolucionarios la primera piedra.

Veamos en comprobación de lo dicho la caída de los Decenviros, el combate de los Gracos, la entrada del Imperio Augusto en la ciudad Eterna. Los aristócratas de Roma debían siempre tender á la reacción, y para conseguirla minar las fuerzas de los tribunos. El consulado aristocrático porfiara con el tribunado plebeyo como el parlamento compuesto de las curias con el parlamento compuesto de las centurias. Un tribuno, Terentilio, propuso el nombramiento de numerosa comisión que preparase leyes, á cuya letra y espíritu debieran sujetarse los cónsules, muy poco ceñidos á deberes concretos por el derecho tradicional y consuetudinario fiado á la memoria y transmitido por medios puramente orales. Fijar el derecho resulta en los génesis de las ideas una de las mayores victorias que puede alcanzar la humana libertad. Diez años resistió la nobleza en sus porfías á esta saludable alteración. En estos diez años mostróse una vez más la compleción jurídica del pueblo romano. Obstinados los de arriba en resistir, obstinábanse aún más los de abajo en reclamar. Por fin llegó la hora de dar el Código, para cuya redacción se dirigieron y diputaron diez patricios á Grecia con encargo de profundizar aquellas legislaciones republicanas y democráticas. Estos diez patricios absorbieron en sí el tribunado y el consulado. Fijar, escribir las leyes, daba mucha seguridad al pueblo en su derecho, pero quitaba el poder de los tribunos, poder mayor á medida que mayores eran las violencias consulares. Los descenviros; no solamente amortizaron el Poder Ejecutivo,

en sí; dividieron el Poder Legislativo, apareciendo como un comicio dentro de los comicios y como un Senado dentro del Senado. Institución verdaderamente intermedia, no la querían los senadores, por lo que llevaba en sí de tribunicia, y no la querían los plebeyos por lo que llevaba en sí de consular. Pero al mismo tiempo unos y otros la sostenían; el noble, para que no volvieran los tribunales; el pueblo para que no volvieran los cónsules. Dentro del Senado y dentro de la nobleza existía un partido muy notable por su moderación altísima. Este partido, el cual se hallaba comandado por los Horacios y por los Valerios, quiso acelerar el término de los decenviros, temiendo en su duración desatentada, un comienzo de locas provocaciones al pueblo. Pero si hombres como Pablo Valerio representaban la moderación y la prudencia, hombres como Appio Claudio representaban en el partido noble todos los extremos y todas las resistencias. Semejante ciego patricio, lleno de ira y de soberbia, retador imprudentísimo, un combatiente y no un estadista, mantenía los decenviros y el anormal poder suyo con el ímpetu que provocan las catástrofes. Appio Claudio había conseguido una odiosidad tan acerba como la odiosidad que perseguía siempre á Tarquino. Así había puesto la ciudad romana en verdadera fiebre revolucionaria. Y como Lucrecia fué causa ocasional de que la fiebre contra los Tarquinos estallara, Virginia fué causa ocasional de que la fiebre contra los Claudios estallara en otra revolución también. Los Appios vinculaban, por una especie de atavismo, en sus apellidos el odio al pueblo. Los cónsules no les parecían á ellos magistrados puestos con auspicio é imperio por los dioses y los hombres á la cabeza del Estado; les parecían verdugos apercebidos á turbar las clases plebeyas en inenarrables tormentos. Así cuando Appio Claudio columbraba un tribuno, perdía el sentido y el seso. Alguna vez mandó sus lictores contra los magistrados preferidos del pueblo y los mandó en plenos comicios que debían defender y defendieron á su natural hechura. Mil tempestades provocara, mil agravios trajera sobre la gente patricia y sobre la curia romana de no haberle algunas veces los patricios mismos arrancado á las Asambleas y conducido a puerto seguro. En vano le conjuraban á no sostener otros poderes que los compatibles con la concordia universal; en vano le decían cómo la república se desorganizaba tirando toda ella en dos contrarios y opuestos sentidos tribunales y cónsules, quienes mutuamente concluían por paralizarse y destruirse. Mandado á la guerra contra los volscos, cebóse con furor en los soldados, á quienes aborrecía por sus caracteres y por sus orígenes plebeyos. Sin tribunales en frente, como los tenía de cónsul y sin comicios al lado, como los tenía de senador, entregóse á sus propensiones despóticas en el ejército y en el campamento, donde no podía nadie celarle. El soldado plebeyo le devolvía este despotismo con verdadera indisciplina, importándole poco la honra propia, y menos la obediencia militar, si habían de ceder en provecho de Appio Claudio. Quien apenas podía mandar el ejército, menos podía mandar en Roma. Dentro de los campamentos provocó una sedición. Por vez pri-

mera vióse un ejército suicida procurando la derrota en odio á su general. Combatió el soldado romano para que los volscos no se acercasen al campo, mas no combatió como hubiera podido para perseguirlos y exterminarlos. Lleno de ideas tiránicas, las cuales no habían pasado ni siquiera por las mientes del tirano Tarquino, jamás pudo comprender, jamás, cómo en una ciudad libre, cual era la Ciudad Eterna, ningún ciudadano debe mandar sino con el consentimiento y el voto de sus conciudadanos. Así, perdió, no solamente las batallas, sino el ejército, más irritado contra él que contra sus naturales enemigos. Luchaba este hombre con la rabia del milano y del águila, que ven desde las alturas del aire los pajarillos en el abismo y los atisban y los husmean y los persiguen y los fascinan antes de cogerlos entre sus garras y despedazarlos con su pico. No parecía un jefe de partido, parecía un capitán de facciosos. Roja la faz por los vapores ardientes de su encendida sangre; despreciativos labios y ojos; rudo en sus maneras y en su actitud insolente á la continua; en sus discursos agrio: aquel hombre debía dejar vinculada una odiosidad eterna de los plebeyos en su familia como representante fidelísimo de los patricios y además prototipo de tal clase privilegiada, prototipo en sus ideas, prototipo en sus actos, prototipo en sus principios, prototipo en sus procedimientos. El nombre de Appio Claudio debía ser también funesto á los decenviros. Estos prototipos aparecen y desaparecen á una en la Historia primitiva, durante diversos períodos, siendo por su número, personas diversas, pero por sus caracteres, por sus pasiones, por sus pensamientos, por sus propósitos, personas idénticas. Hay un Appio Claudio cónsul, que muere antes del Appio Claudio decenviro. Pero su identidad con este último es tal, que ha originado una idea muy acreditada; la que niega su existencia y hace personalidades fabulosas inventadas para llenar las genealogías patricias. Un Appio perteneció, pues, al decenvirato. Tal comisión legislativa, cuyo ministerio en aquel tiempo ya hemos dicho, subsistiera por mucho espacio de haber tenido la mansedumbre con que inaugurara sus funciones. Así como el poder de los Reyes había pasado á los cónsules, el poder de los cónsules había pasado á los decenviros. Y así como lo perdieron los Reyes por su tiranía, por su tiranía lo perdieron los cónsules. Culpa fué todo ello de Appio Claudio, quien jamás apareció como un magistrado, sino como un conspirador. En su mente sólo entraban planes que tendían á disminuir la grandeza y libertad del pueblo. Los decenviros á la postre resultaron diez Reyes. Cada cual de ellos se hacía escoltar por doce lictores, quienes les iban abriendo paso con sus haces, amenazadoras á toda libertad. Tarquinos parecían y no magistrados. Su tribunal juzgaba por la calidad de sus personas y no por la índole intrínseca de los hechos. Todo se corrompía, porque ninguna institución se renovaba. Lo que no soportaron de los Reyes los romanos ¿podían soportarlo de sus compatriotas y de sus iguales, siquiera se llamasen aristócratas y nobles? No quedaba ni el recurso de la palabra, porque todo lo perseguían estos desatentados oligarcas. Un día expidieron ciertos asesinos contra uno de los primeros ciu-